

Alta mar, Mayo 20 de 1875

El lunes 17, á las ocho y media de la noche, salimos de San Thomas y nos traspordamos del "Mossela" al "Ebro," que hace periódicamente sus viajes á Veracruz; caminamos toda la noche y llegamos el miércoles á las cinco y media de la mañana á Puerto-Rico: no entramos á la bahía, sino que quedamos frente á la espalda de la ciudad por la parte de mar, de modo que nadie salió á tierra y solamente llegaron dos pasajeros, entre ellos un catalan llamado Urgel, que á pocas horas éramos muy amigos.

Habana, Mayo 22 de 1875.

Hoy hemos llegado á este puerto, á las nueve, y mañana mismo debemos salir á las doce del día.

Es la primera vez que veo esta ciudad, porque cuando fuí á los Estados dos- Unidos de paso para mi viaje á Europa, pasé frente á la isla y muy cerca de ella por la parte occidental y en las aguas del Golfo de México.

Una hora despues que entramos á la bahía, salí á tierra; pero á poco andar se soltó un aguacero fuertísimo y mis tres compañeros y yo tuvimos que guarecernos en una tienda de abarro-

tes que está frente á la plaza principal y ahí nos pasamos cerca de dos horas.

Después que calmó la lluvia, tomamos un carruaje que nos dirigió por algunas calles del centro y al paseo de la Reina, pasando frente al teatro de Tacón; pero á poco amenazaba á llover de nuevo y solamente tratamos de regresar á nuestro vapor.

Como he visto tan poco de la Habana y ha sido chorreando agua por todas partes, no he podido desarrollar mis impresiones respecto de su localidad y del efecto de sus edificios, calles y plazas. De ella te hablaré, á la vez que de las demás Antillas, en mi viaje á las Repúblicas del Sur.

De Veracruz ó de otro punto te escribiré, dándote noticia de las impresiones que reciba en este puerto, que también es la primera vez que voy á conocer. Buenas noches.

México, Junio 2 de 1875.

QUERIDA MARIA:

Aunque me hallo ya en la capital de la República, lugar de tu residencia, y de un día á otro debo hacerte la visita para volver á disfrutar del placer de verte y presentarte de nuevo mis respetos, no obstante, te escribo mi última carta para que acabales la colección de las que has recibido y tengas completas las impresiones del viaje que emprendí hace trece años, saliendo de Toluca el mes de Setiembre de 1862.

¡Cómo pasa el tiempo!

¡Trece años de andar por el mundo, corriendo peligros en los caminos, que en el primer tercio de mi viaje estaban plagados de ladrones y la revolución en su punto; de lanzarme á los mares sobre una frágil tabla, en la que lleva uno suspendida la espada de Damocles, porque el buque puede chocar con otro ó contra una roca, en un momento inesperado, incendiarse ó ser tragado por las olas que se elevan hasta las nubes á impulso del huracán; del cambio súbito de climas, de alimentos que pueden enfermar al viajero ó hacerlo sucumbir y, en fin, de tantos peligros como existen en todas partes y á cada paso, que el hombre no puede prever y que el menor de ellos puede conducirle al sepulcro!

Pero sin embargo de toda esta serie de emergencias en que millares de viajeros han sucumbido tal vez con la menor de ellas, aquí me tienes, María querida, sano y salvo sin haber sufrido enfermedad alguna ni haberle visto la cara al peligro de una manera real y

positiva ni en los caminos de tierra ni en los mares, por más que éstos alguna que otra vez hayan manifestado asomos de su cólera al iniciarse una borrasca.

¡Gracias á la Providencia! Porque mientras otras personas que no han salido del quicio de su casa, ni expuestas á ningun peligro, han desaparecido en los trece años que duró mi ausencia y yo, que corrí el mundo y me expuse á todo género de eventualidades, aliento y respiro todavía y esa Providencia me ha concedido el inestimable beneficio de volver á pisar el suelo de la patria, de ver á mi familia, abrazar á mis amigos y disfrutar de esas dulzuras que sólo se hallan en el país donde se vió la primera luz.

¡Gracias, vuelvo á repetir!

Y volviendo al tema de mi viaje, te diré: que salí de la Habana el 23 del próximo pasado, á las doce del día, con el inefable contento de que iba á entrar á las aguas de México y despues de tres dias de viaje pisaría sus benditas playas!

Al paso que el «Ebro» se iba alejando de las de la Habana, mas fantástica se miraba la ciudad, y sus diez mil edificios, el morro y el faro, se extendían pintorescos é iluminados por el sol, en una extensa línea, como si fueran batallones colocados sobre el campo de batalla; y al fondo del horizonte, los árboles, las palmas y las alturas envueltas en el vapor azulado de la atmósfera.

Al segundo día del viaje, estábamos sobrecubierta con el capitán del «Ebro» admirando los dilatadísimos horizontes que se presentaban; á causa de que el mar, estando en perfecta calma y la superficie rizada una que otra vez por la brisa, formaba una lontananza que á veces confundía su línea con la del cielo ó asomaban tras ésta ligeras nubes, como que venían de otros mundos y otras atmósferas.

—México está ahí, decía á mis amigos señalando el punto del horizonte en que debía hallarse, y el capitán añadía:

—Si mañana el horizonte está des-

pejado, podremos ver ya el Pico de Orizaba, porque es visible á mas de cincuenta leguas.

—¿Es posible, capitán? le interrogaba yo, admirado de que el volcán se viese á tanta distancia.

—¡Oh, sí! contestaba; como yo hago estos viajes á México cada mes, muchas ocasiones veo dibujado en el confin el Pico como un pequeño cendal, y esto me da á conocer que al otro día debo llegar á Veracruz, esto sin consultar la carta, que cuando la veo, me dice que la distancia es exacta.

—¿Y cuándo llegamos á Veracruz, capitán? preguntó uno de los amigos.

—Mañana, á las ocho en punto, contestó este señor.

—Entonces, repuse yo, debía verse ya el Pico de Orizaba una vez que, siendo en este momento las nueve de la mañana y debiendo andar el «Ebro» doscientas cincuenta millas en veinticuatro horas, llegando mañana á las ocho, debíamos tener á la vista el volcán.

—Ciertamente, contestó el capitán, dirigiendo su anteojo al horizonte, en el que se dibujaban algunos nimbos imperceptibles: no es posible que se pueda ver el Pico, añadió; porque hay nubes que lo cubren.

Nosotros tendíamos la vista y se estableció una especie de competencia para ver quién descubría primero el Pico de Orizaba; pero el horizonte se cubría mas y mas de nubes y no fué posible distinguirlo en todo el día.

Llegó la noche y á pesar de la inquietud que experimentaba porque á otro día iba á ver tierra de México, admiraba sin embargo el bellissimo tiempo que hacia, que á pesar de surcar el golfo, que pocas veces deja de estar alborotado, en esa noche estaba quieto y tan terso, que se reproducian las estrellas sobre la superficie de las aguas y parecia que el vapor era una especie de globo que viajaba por los aires zurecando el espacio con rapidez.

A las once de la noche me retiré de cubierta para irme á acostar, pues aun-

que no tenia sueña, temia que desvelándome, amaneciese trasnochado al otro día y no estuviese apto para recibir las agradables impresiones que se me preparaban.

Con la misma inquietud que me asediaba, desperté á las cuatro y media de la mañana, y pensando que ya estaria á la vista el puerto de Veracruz, me levanté en el acto, salí á la cubierta y dirigí la vista al Occidente. ¡Cuál fué mi asombro al encontrar éste terso y limpio, apenas con algunos vapores transparentes que se elevaban de la superficie de las aguas, y la ciudad que no parecia por ninguna parte.

Nos ha engañado el capitán, dije entre mí un tanto desconsolado, por ver desvanecida mi ilusion y la esperanza de encontrarme con el panorama del puerto y sus pintorescos edificios tendidos sobre la costa.

Me retiré entónces triste, porque recordaba que llevaba dos meses de estar en camino, y cuando creía llegar á su término entrando á México á las ocho

de la mañana, tal vez se pasaría todo el día sin verlo.

Agobiado por esta idea y sintiéndome entonces muy cansado de la larga travesía de Colombia á nuestra patria, entré de nuevo á mi camarote y volví á recostarme en la litera.

Me dormí y seguramente no fué tan poco, que desperté tarde y azorado al ruido de los pasos de la tripulación y de las voces de algunas personas, oyendo distintamente una que dijo: "qué bien se distinguen la aduana y el caballero alto!"

Al oír estas palabras, doy un salto de la cama y en pocos pasos me pongo al pié de la escalera, que subo en tres trancos. . . . ¿Cómo te podré ponderar, amiga mía, la grata sorpresa que mi alma experimentó al tener á la vista el precioso panorama de la ciudad de Veracruz, iluminado con los primeros rayos del sol que apenas acababa de asomar por el horizonte?

No me cansaba de contemplar el hacinamiento de casas, torres y cúpulas

en una especie de pintoresco desórden, formando un delicioso contraste con el mar y las cordilleras que asomaban sus picachos sobre las brumas que como cendal envolvían la falda de las montañas.

A poco llegamos frente al castillo de San Juan de Ulúa y de ahí giró el "Ebro" hácia la derecha, poniéndonos en la dirección del muelle.

¡Eran las ocho de la mañana!

¡Cumplía su palabra el capitán de entrar á Veracruz á esa hora!

Comenzaron á llegar los botes y yo deseaba salir pronto del buque para partir para México en un tren mixto que debía salir á las nueve de la mañana en punto, porque como eran los últimos días de Mayo y el vómito debía estar en su punto, temía esté mal y deseaba no permanecer en la ciudad sino el tiempo indispensable para arreglar mi salida.

Pero aunque aparecían botes por todos lados no se acercaban al vapor sino hasta que llegaron el capitán de

puerto y el médico, á fin de hacer la visita de costumbre, visando los documentos de entrada y examinando si venian algunos apestados.

Esto nos demoró mas de lo que yo esperaba.

Tomé mi bote para trasladarme con mis efectos al muelle, y en esto y en que los registraran en la aduana, sonó el pito de la locomotora del tren que partia á México y ya tuve que demorar en la ciudad un dia contra toda mi voluntad, á pesar de que ésto me serviria para conocerla, porque, como dije ántes, era la primera vez que llegaba á ella.

Me fuí para el hotel de Oriente, que está muy inmediato á la aduana, y como ya hacia bastante calor y temia yo del vómito, no quise recorrer la ciudad, aunque bien lo deseaba, sino que me encerré en mi cuarto.

A las once bajamos á almorzar, y yo, aunque tenia buen apetito, no quise cargarme el estómago por temor del vómito, ni ménos acometer á un plato

delicioso que jamás habia probado y veia por primera vez; hablo del famoso huachinango, tras el que se me iban los ojos; pero que resistí á la tentacion, porque yo deseaba volver á ver la capital de la República y á mis amigos.

Volví á subir á mi cuarto para pasar en él las horas de la siesta, y como á las cuatro, que ya el calor habia minorado bastante, salí á recorrer las calles.

Fuí primero al jardín y lo hallé muy á mi gusto por los árboles, arbustos y flores de que está ornado, así como por su bella fuente de bronce. Otra cosa me llamó la atencion y me agradó sobremanera: las ardillas negras y pardas que saltan de rama en rama y se deslizan á veces sobre los troncos de los árboles para recibir alguna fruta ó pan que les regala alguna persona.

Los portales, tiendas y la casa municipal que rodean el jardín, contribuyen á darle un efecto pintoresco; uno de los primeros tiene constantemente una regular concurrencia, pues como en Europa, se miran muchas sillas y me-